



ARTE · HISTORIA  
FILOSOFIA Y LITERATURA  
EN RELACION CON LA MEDICINA

## UN MÉDICO POETA

por

GERARDO DIEGO

No hay, no debe haber oposición entre las dos vocaciones que el título de este artículo aproxima. Si se pudo hacer una exposición de médicos pintores, podría igualmente prepararse una antología de médicos poetas, en la que no faltarían nombres notorios en una y otra actividad del espíritu. Mi propósito de hoy es más concreto. Y se reduce a evocar, de entre las varias nobles figuras de humanidad que he conocido que han sabido superponer la dedicación a la cura de enfermos y el anhelo creativo de belleza verbal, consuelo supremo para la soledad de las almas escogidas, una que me fué y me sigue siendo en el imborrable recuerdo particularmente cara: tanto le debo en mi formación espiritual y estética, y tan alto ejemplo de elegancia moral y de virtud cristiana esparcía en torno suyo sin sospecharlo siquiera.

Me refiero a Enrique Menéndez y Pelayo o Menéndez Pelayo (sin copulativa), o simplemente Enrique Menéndez, que de las tres maneras aparece su firma literaria en las diversas ocasiones.

No hace falta decir a qué familia pertenecía. Hermano menor de don Marcelino, nació como el gran humanista en Santander, en 1861, cinco años después. Oí muchas veces de labios de mi padre, que acompañaba a don Marcelino Menéndez Pinedo, catedrático de Matemáticas del Instituto Cántabro, como visitador de pobres en las Conferencias de San Vicente de Paúl, siendo mi padre mozo todavía, el relato de las confidencias familiares del viejo don Marcelino. Eran los días del deslumbrante orto del autor increíble de *La Ciencia Española*, y su padre le confesaba al mío que acataba reverente la voluntad de Dios, que misteriosamente le había dado un hijo de extraordinario talento, otro simple (murió al poco tiempo) y otro que era una medianía. Enrique, que por entonces trasponía apenas los límites de la pubertad, distaba mucho de ser una medianía, aunque al compararle con su genial hermano pudiera disminuirse el fulgor de su hondo y discretísimo talento. Toda su vida sintió Enrique la responsabilidad que le incumbía como hermano menor y guarda tutelar de la salud y de la obra gloriosa de Marcelino, y supo cumplir tan generosamente su papel de secundón, que por su gusto nunca hubiera salido de la penumbra en que voluntariamente se reclinan su vida y su obra poética. Pero la sugestión de una simpatía y humor delicadísimo en el trato social, el elevado concepto en que su hermano le tenía como escritor y la plenitud del ambiente literario del Santander de aquellas décadas tornaron inevitable la consolidación de un prestigio regional, que llegó a asomarse alguna vez a los salones y teatros madrileños y que adquirió de pronto todo su profundo significado, cuando al día siguiente de la muerte del

sabio la ciudad y España entera amanecieron consternadas por el enorme vacío que dejara. Fué entonces, en los últimos diez años que sobrevivió a su hermano, cuando Enrique Menéndez apareció a nuestros ojos de estudiante no ya como el heredero de una gloria ímproba de soportar sobre los hombros, sino como el poeta sefiero y señoril, el cantor aristocrático de la vida quieta, el enamorado de la tierra y del mar nuestros, el heredero, sí, pero no de su hermano ni de Pereda, sino del otro vértice de la gran terna montañesa, de Amós de Escalante. En una palabra, precisamente cuando él firmaba Enrique Menéndez y Pelayo, con el orgullo fraterno, nosotros los muchachos le llamábamos más que nunca Enrique Menéndez.

En varias cosas se parecía y en muchas se diferenciaba Enrique de Marcelino. Se parecía, por ejemplo, en su portentosa memoria. Todavía en sus últimos años, ya achacoso, ciego, disminuido fisiológicamente, recitaba de coro—y con qué sabrosa y meliflua dicción y gracia rítmica—leyendas enteras de Zorrilla o discursos en prosa. A mí me costaba siempre trabajo creer en el robo de las comedias de Lope por «el Memorilla», sólo de oírlas en la escena. Hasta que un día le oí al propio don Enrique y luego a amigos suyos que lo confirmaban cómo, siendo él estudiante de Medicina, le bastaba escuchar una noche sola una comedia de Vital Aza para repetirla íntegra al día siguiente sobre poco más o menos. Con una segunda audición inmediata, el aprendizaje perfecto y exacto era infalible. Su gusto crítico, más limitado que el de su hermano, era refinado y exigente, y la gracia con que manejaba nuestra lengua en prosa y verso no desmerecía ante las supremas dotes estilísticas de don Marcelino. En cambio, su sensibilidad era incomparablemente más lírica, íntima y delicada, en el doble sentido de la finura de percepción y de su pudor enfermizo y frágil. El médico Enrique Menéndez fué toda su vida un enfermo. Y así pudo auscultar en su propia psiquis y en su propia fisis los innumerables matices de inéditas o mal catalogadas dolencias con que el Señor gusta de templar y robustecer la virtud de sus escogidos.

¿Cómo nació en Enrique la vocación terapéutica, ya que la otra, la poética, la llevaba tan en la masa de la sangre, que aun sin el ejemplo de su hermano seguramente habría florecido lo mismo? Ante todo, cabe preguntarse si de verdad Enrique Menéndez sintió una auténtica vocación hacia el ejercicio de la Medicina. Sus amigos se planteaban ya esa pregunta, y su opinión no llega a ser resolutiva en ningún sentido. Probablemente, en los estudios de Enrique jugaría un gran papel la conciencia de una responsabilidad de elección de carrera, de una carrera útil para ganarse la vida, porque romances y sonetos no

justifican seriamente las obligaciones familiares y sociales de una vida entera. No olvidemos tampoco la inclinación de un carácter dulce, naturalmente dado a la consolación del triste y a la curiosa introspección del acongojado, estudiada en el desvalido prójimo y en uno mismo. Si hubiera una profesión de médico de almas, algo intermedio entre el psiquiatra sin pedantería y el director espiritual profano, algo así le hubiera gustado ser a Enrique Menéndez, pero de manera anárquica y poética, sin compromiso ni horario. Creyó sin duda que el ejercicio de la Medicina al uso le había de ser compatible con el noble ocio literario, y emprendió sus estudios animoso en la Facultad de Valladolid, para continuarlos y rematarlos luego en la de San Carlos. Durante el bachillerato se había mostrado más matemático que latino. Y en la rama materna de la familia, la montañesa, encontraba a mano, en el abuelo y el tío, ejemplos —el de este último sobre todo, afamados y sin duda influyentes en su voluntad— de médicos, de doctores Pelayo.

Ya tenemos al flamante licenciado en Medicina y Cirugía dispuesto a la conquista del mundo, del mínimo mundo que le bastaba para vivir dichosamente. Y surge la primera crisis vocacional. Mucho debió de sufrir Enrique en las prácticas escolares delante de las terribles dolencias de la pobre humanidad cuando su natural piadoso se contrae instintivamente ante la perspectiva del trato diario con la enfermedad y de la lucha desigual con el espectro de la muerte. Por el momento, y mientras lo piensa, se toma unas vacaciones y, para justificarse a sí mismo, se estrena como burócrata en el Ministerio de Fomento. La disciplina para un recomendado de don Marcelino y subdito administrativo del ministro don Alejandro Pidal no ha de ser rígida. Se pueden hacer novillos mejor que durante la carrera, o vacar dentro de la jula para dedicarse a la rima galante sobre la carpeta de expedientes y hasta pergeñar un ingenioso manual «para explicar las cien y un razones de un empleado para faltar a su oficina».

Al fin, el amor de la tierra y la conciencia del deber que le aguarda, deciden a Enrique a volver a su casa y a ejercer su carrera. Cuenta el nuevo médico veinticuatro años cuando, al lado de su tío el cirujano don Juan Pelayo, comienza sus visitas de médico. A pesar de tantos pesares, el poeta cuyo renombre local va extendiéndose al compás copioso y acelerado de sus artículos, crónicas de sociedad y poesías publicadas en la prensa o susurradas al oído de las damas, permanece fiel en la brecha de su profesión académica durante nueve años largos. Si hemos de creer los testimonios de la literatura de la época cuando aluden a las actividades diversas del flamante doctor, no debía de ser demasiado crecida la habitual clientela del sobrino de don Juan, cuando tanto tiempo le quedaba para sociales distracciones y nobles ocios poéticos. Sin embargo, al menos en dos ocasiones que abren y cierran el período activo de su carrera, Enrique hubo de trabajar como un forzado, y por cierto, según testimonios irrecusables, con verdadera abnegación y conciencia exacta de su deber de médico y de cristiano. Fueron tales coyunturas la epidemia de cólera morbo en el otoño del propio año 1885, en que inauguró su carrera, y la terrible catástrofe del «Cabo Machichaco», que causó muchos centenares de víctimas, pocos meses antes del definitivo abandono y corte de coleta terapéutica. Cuando la epidemia, era justamente alcalde de la ciudad el padre de Enrique, y con tal motivo le cayó al aún inexperto galeno la breva o enchufe de médico agregado sin sueldo del Hospitalillo de epi-

démicos, instalado en un barracón. (Igual que en las costumbres de hogaño.) Cuenta Alfonso Ortiz de la Torre, amigo y biógrafo de Enrique, que le comunicó la noticia diciéndole con gran secreto: «No lo propales por ahí, pues van a decir que me cae la breva por tener el padre alcalde... y temo además que cunda el pánico.» En cuanto a lo del 93, la espantosa explosión con su horrenda estela de heridos y mutilados vino a coincidir con el fallecimiento del tío Juan y con una agravación en las neurosis de Enrique, causas que determinaron su renuncia, aunque no sin antes cumplir abnegadamente y en agotadoras jornadas de trabajo los deberes que el bien llamado sacerdocio de la Medicina le imponían.

El médico de ayer se pasa definitivamente a la acera de enfrente. Quiero decir que sienta plaza de enfermo, de lo cual venía presumiendo mucho más que de médico desde hacía bastantes años, como luego veremos. Temporadas de reposo y de curación en París y en Madrid, residencias en el campo, años de paciencia y abandono de todo trabajo cerebral. Todo fué necesario para que Enrique recobrara la salud y pudiera, ya caducando el siglo, reintegrarse al hogar familiar y entregarse de lleno a su favorita actividad literaria y a la oculta y modesta utilísima tarea de ayudar, catalogar, corregir y vigilar la obra y la biblioteca inmensas de su hermano. Los últimos años de su vida, cuando quedan solos en la casa él y su esposa, son otra vez de prueba. Reaparecen exacerbadas las dolencias nerviosas, nunca del todo apaciguadas, y se complican con otros achaques, entre ellos, el más penoso, el de la total ceguera en que vino a parar la progresión de su miopía. Fué entonces cuando el médico de la mocedad y el doliente de la madurez se funden en un solo enfermo de cuerpo y sano de espíritu, ejemplo de cristiano y de caballero, que no podremos olvidar cuantos tuvimos la suerte de gozar su trato en aquellos sus mansos años crepusculares. Crepusculares, no sólo dentro de la órbita luminosa de sus ojos y de su vida toda, sino en relación con el esplendor universal de su hermano Marcelino, cuya luz póstuma recogía a modo de nube de ocaso el poeta Enrique, según imagen oportunísima del primer bibliotecario Miguel Artigas.

Y para terminar estos apuntes, que completaré si los lectores de esta revista no lo juzgan impertinente, con un estudio próximo de los reflejos literarios y poéticos que profesión médica y autoobservación de enfermo dejaron en la obra del cantor de la vida quieta, voy a transcribir sus últimos versos, escritos para una amiga poco antes de caer postrado para siempre. Sin la última lima a que quizá los hubiera sometido en caso de haber tenido tiempo para preparar su publicación, son los versos conmovedores que siguen una muestra fiel del modo habitual de su inspiración, que nos seducen, aún más que por la elegancia y primor sencillez de la dición poética, por la distinción y señorío espiritual que emanan. Prendas más morales que estéticas, que nunca le agradeceremos bastante sus constantes lectores. El dijo una vez encantadoramente («A la sombra de un roble», pág. 73): «Hay días en que la vida pesa como un fardo. Yo os voy a decir lo que debéis hacer entonces. En primer lugar, huiréis de la gente lo más pronto que podáis, porque en horas tales cada uno que pasa parece que añade peso al fardo; después os sentaréis al pie de un árbol con toda aquella comodidad que el sitio consienta; y, por último, os pondréis a leer en un poeta. Cualquiera sirve en siendo de los buenos.»

Pero observo que me estoy anticipando a mi propio programa, porque las líneas que anteceden (y

las deliciosas que en el texto siguen) son toda una receta. Ved ahora los versos de un poeta, que no vacilo en reputar de los buenos:

Esa madre a quien su niña  
con sus minúsculas manos  
cual con dos hojas de rosa  
le está los ojos tapando,  
ni se affige ni se apura  
ante el imprevisto caso,

pues su corazón le ha dicho  
de quién son aquellas manos.

También un pobre poeta  
sintió sus ojos nublados  
y que es la mano de Dios  
la que se los ha tapado;  
por eso no se impacienta,  
que su corazón cristiano  
sabe que entre hijos y padres  
eso es amor y no daño.

**L**OS recientes estudios sobre la constitución de la sangre han permitido conocer el origen de un gran número de síndromes cuya característica común es la existencia de una anemia ferropénica, llegando a establecerse su terapéutica que se apoya en tres postulados básicos:

- 1.° Para elevar la cifra de hematíes, provocando previamente una descarga reticulocitaria, es necesario administrar grandes dosis de Fe.
- 2.° El Fe reducido por el hidrógeno es la forma que permite obtener tal resultado con cantidades de este elemento bien toleradas.
- 3.° La vitamina C favorece la absorción del Fe y refuerza notablemente su capacidad regeneradora.

*En estos principios fundamentales se ha basado la preparación de Ferro-Cecrisina, que constituye por ello la forma indicada de la ferroterapia.*

# FERRO-CECRISINA

Hierro reducido + vitamina C

LA TERAPEUTICA DE LAS ANEMIAS Y SINDROMES FERROPRIVOS

6 a 8 tabletas diarias durante las comidas.

Tubo de 40 tabletas de 0,60 gramos.